

camente despedido, y que espera recobrar su perdido favor presentándose el mismo al rey.

Abrió Olmedo la puerta del cuarto que tenía en palacios como empleado en él, y uno de los mas íntimos confidentes de Samuel Levi: hizo entrar en él á Alvaro, de quien se despidió diciéndole:

—Estad tranquilo, no aguardareis mucho tiempo; el rey debe llegar antes de dos horas. El ruido de los atambores y añafiles os advertirá su llegada.

X.

Asombrado Olmedo de la facilidad con que se engaña á un hombre honrado, y conociendo todo lo crítico de su posición, sino impedía que Alvaro, cuyo encuentro tan oportunamente le había deparado la suerte, se presentase al rey don Pedro, ó encontrase al ministro, trató de no perder un momento y jugar el todo por el todo. Sabía que tenía que habérselas con Samuel Levi, con quien la menor falta era irreparable, y con el rey don Pedro, que á vuelta de su crueldad se mostraba justiciero é inflexible con los crímenes.

Sin detenerse un momento subió precipitadamente las escaleras de palacio, llegó hasta el salon donde se hallaba encerrado Samuel Levi, sin que nadie tratase de impedir la entrada, por que todos sabían que era un confidente y un satélite del ministro judío.

Al verle entrar, se levantó Samuel diciéndole:

—¿Con que horrible impaciencia te aguardaba, Olmedo!... y bien, los pergaminos de ese montañés.

—Los tengo.

—Me he salvado.... dijo respirando fuertemente. Dame-os pronto, y tu recompensa....

—Mi recompensa.... ya la arreglaremos mas tarde.... ahora hay una cosa todavía mas urgente, porque yo no he podido tener el libro, sino atrayendo aquí al montañés.

—¿Está en Leon?

—Está.

—Es preciso que lo busquen, que me lo traigan.

—¿Qué quereis hacer?

—Darle oro, para que me descubra el autor... y con algunos escritos que yo le haré hacer y que he combinado anticipadamente lo arreglaré de tal modo, que cuando quiera reclamar algun dia nadie le crea. ¿Cuánto le has pagado?

—Hubiera sido una locura quererlos comprar, jamás los hubiera querido vender.

—¿Qué has hecho, entonces?

—Los he robado.

—¿Robado!

—¿No habeis dicho que dependía vuestra salvacion de la posesion de esos pergaminos? no he pensado mas que en salvarlos.

—Gracias, Olmedo, dijo el ministro alargándole la mano. ¿Pero cómo se encuentra ese montañés en Leon?

—Viene á pedir justicia al rey.

—Puede perdernos.

—No, las galeras del almirante Boca-Negra se hallan en uno de los puertos de Asturias, y podeis enviarle á ellas sin juzgarle.

—A galeras... tienes razon.... si, pero ¿y si vuelve mas tarde?

—Se dá órden para que no vuelva....

—Eres un hombre previsor.

Sentóse en la mesa del ministro Olmedo, cogió un pergamino, escribió en él cuatro líneas, lo alargó al ministro que estampó en él su firma y puso á su lado el sello real, dobló despues el pergamino, lo entregó á Olmedo diciéndole: ahora toma y dame el manuscrito.

—Sabeis, le dijo Olmedo, lo que hecho yo para apoderarme de él... he jugado mi vida.

—¿Quieres hablar de tu recompensa? será magnífica.

—No de mi recompensa, sino de mi parte.

—No te comprendo.

—Te lo explicaré.... ¿vais á ofrecerme oro, no es esto? y si no me contento al pronto... aumentareis la cantidad?

—¿Cuánto quieréis?

—Quiero la mitad del poder que hoy teneis en la monarquía castellana, y que os va á afirmar este gran proyecto.

—¿Luego conoces lo que contienen esos pergaminos?

—Sé que son inmensos y que bien pueden ocupar dos hombres. Sé que somos cómplices en el robo y en la muerte. En una palabra, el tiempo es precioso y será lacónico. Quiero que Castilla toda sepa dentro de algunos dias, que Samuel y Olmedo han descubierto esas riquezas que la han de hacer poderosa y aumentar las fuerzas de su rey, haciendo cesar la miseria y las calamidades que afligen el pais.

—¿Estás insensato!

—No señor... soy poseedor de un precioso manuscrito, y no os lo venderé por oro... ¡oro! he gastado veinte veces mas en mi vida que lo que podriais darme.... he saboreado y me he haviado de cuanto puede procurar el oro, amores, orgías, embriaguez, de todo me he fatigado. No conozco las emociones que procura el poder, siento hervir en mi pecho la ambicion. Puedo satisfacerla con estos pergaminos, que he robado á riesgo de mi vida, sin miedo y sin auxilio de nadie. Samuel, vengo generosamente á ofrecerlos partírlas con vos... empero por todo este palacio lleno de oro no lo venderé.

Asombrado quedó el judío. Apenas podia volver en sí.

—¿Qué!... dijo con aire desdeñoso, ¿crees tú, Olmedo, que yo consentiré asociar tu nombre al mio? ¿Olvidas que tú eres un asesino... de profesion?

—Sois mas hábil que yo... respondió friamente Olmedo. Os haceis llamar ministro, tesorero y médico del rey...

—¿Te atreverías á compararte conmigo?

—Me atrevería á deciros que hay poca distancia entre el que mata y el que hace morir... y los dos por diferentes medios hemos destruido los enemigos del rey... solo que vos sois mas cobarde y arriesgais menos, con que así decidme si quereis paz ó guerra.

Samuel, despues de un corto momento de reflexion contestó:

—Guerra.

—Haceis mal, respondió friamente Olmedo, no teneis tiempo de hacerla.

—Puedo vencer sin combatir, soy aqui omnipotente durante la ausencia del rey.

—Vencer... seria vencido si me hubieseis cogido estos pergaminos... y para tenerlos he matado á un hombre.

—¿Y si yo te hiciese matar á ti á mi vez?

—¿Para hacerme matar, de qué me acusariais?

—De haberme desobedecido.



—Eso no merece la muerte.
 —Pero si la prision.
 —¿Me hariais encerrar?
 —Por de pronto en un calabozo.
 —¿Y despues?
 —En un ataud.
 —Alli no se ponen mas que los muertos y yo soy invulnerable.
 —¿Te estás burlando?...
 —No me burlo, ministro del rey don Pedro... Pierdo ya la paciencia y os desafio yo...
 —Tú me desafias... y echando al mismo tiempo mano á un pito de oro, que llevaba pendiente del cuello, lo aplicó á su boca y dió un fuerte silbido.

Arrojándose delante de él Olmedo, le dijo:
 —Deteneos... ¡os perdeis, Samuel Levi! partamos; aun es tiempo.

—Lo quiero todo.
 —Pues no tendreis nada.
 —Ya estás temblando, dijo Samuel al ver abrirse la puerta del salon, y presentarse el capitan de los ballesteros del rey, á quien habia llamado con su pito de oro.
 —¿Quién llama? dijo el capitan.
 —Yo, Samuel Levi.

—Y yo, Alonso Fernandez de Olmedo, á nombre de su Alteza el poderoso rey don Pedro I de Castilla, que me ha encargado os entregue este decreto, os mando, capitan, que prendais y mandeis á las galeras del rey, á Samuel Levi, su ministro y tesorero, declarado traidor, malversador de las rentas reales y acaparador de los bienes del pueblo.

—Es falso.
 —Ved, capitan, ved... contestó con calma y afectada dignidad Olmedo, miradlo bien, examinadlo, capitan, pues conocéis la rúbrica y sello real... Esta es la coraza que me hacia invulnerable, continuó despues dirigiéndose á Samuel Levi, que se hallaba confundido, aterrado, sin saber lo que por él pasaba.

El golpe que tanto tiempo antes temia, acababa de descargar súbitamente sobre él. El rayo que habia derribado el edificio de su poder, levantado á costa de tantos crímenes, y de haber arrostrado la execracion de los pueblos, acababa de recibirlo de mano de uno de sus confidentes, de sus satélites. Este habia aprovechado la momentánea separacion del rey y del ministro para presentar á don Pedro algunas pruebas de los robos de Samuel Levi, y un estado de las riquezas que lentamente iba ocultando para sustraerlas un dia á la justicia del rey.

—Yo he dado al rey las pruebas de vuestros robos, continuó diciendo Olmedo á Samuel, de vuestros robos, cuyo empleo pudiérais haber justificado con los trabajos de este manuscrito... y don Pedro hubiera revocado su decreto cuya ejecucion hubiese yo retardado... pero ahora...

—Aun no he marchado.

Olmedo, dirigiéndose al capitan, que habia hecho llamar á sus ballesteros, le mandó que cumpliera inmediatamente las órdenes del rey.

—Aguardad, dijo Samuel Levi tomando unos papeles de encima de su mesa, tengo aqui revelaciones importantes que debo entregar á su alteza.

El capitan se acercó á Lev para tomarlos de sus manos, pero éste le dijo:

—Es preciso que yo vea al rey.

—¡Imposible! contestó el capitan.

—Pero de estas revelaciones depende la salud del rey... es una conjuracion... es una revolucion que estalla tal vez en estos momentos en Asturias... conduciéndome á la presencia del rey, lo habreis salvado, capitan.

—No conozco mas que mi deber, contestó impasible éste.

—Pero dentro de algunos dias estará perdido tal vez.

—Si el rey lo manda, pelearemos entonces hasta morir en defensa suya... y dirigiéndose despues á los ballesteros les dijo: llevaos al ministro.

—Deteneos, dejadme solo un momento para escribir al rey.

—Sabeis bien que no puedo permitirlo... marchad, y si quereis yo haré llegar á manos del rey esos papeles que decís revelan una traicion.

—Estos papeles los abraso, dijo furioso Samuel Levi arrojándolos á la inmensa chimenea del salon en que ardía un roble entero. Ahora, dijo despues, venga la guerra civil, venga el príncipe Enrique... y arroje del trono al que así me arroja de mi patria y tal vez me envia á la muerte... y tú, Olmedo, contempla con anticipacion tu cadalso, que nacerá de las cenizas de esos papeles que he quemado... porque si Enrique de Trastámara triunfa, descubrirá sin duda que hace quince años, tú has asesinado á su madre.

—Tanto creo en la vuelta de Enrique como en el fin del mundo.

—Y yo, yo la predigo.

—Y yo no creo en las profecias. Se acabaron ya los profetas en vuestra maldita raza.

—Acuérdate, sin embargo, que al marcharme te pronostico tu desgracia.

—Yo soy menos rencoroso, contestó con tono burlesco Olmedo, y os deseo un feliz viage.

Comenzaba ya á impacientarse el capitan. Advirtiéndolo Samuel Levi, y lanzando una mirada de desprecio á Olmedo, lo siguió con sus ballesteros.

XI.

Aprestábase á salir del palacio Olmedo al encuentro del rey, cuando llegóse á él precipitadamente Fortuño y le dijo:

—¿No sabes lo que pasa?

—¿El qué?

—Que llevan al ministro Samuel á galeras.

—Yo soy quien le envia.

—¿Tú?

—Sí.

No pudo Fortuño contener un gesto de indignacion.

Continuó Olmedo diciendo:

—Me he visto obligado á ello... le he ofrecido desde luego generosamente la mitad de la presa, pero la queria toda entera, y para destruir mis justas pretensiones, queria hacerme asesinar... ¡pobre hombre! no ha comprendido que para ocultar el fraude y afirmarse en el poder vacilante que tenia, necesitaba á su lado un hombre hábil y seguro que compartiese con él sus ventajas y peligros.

—Tú ves mas claro que él, Olmedo.

—Soy mas hábil tambien.

—Y sobre todo mas prudente... tú que comprendes tan

bien que para ocultar el fraude y afirmar el poder se necesitan dos hombres hábiles y seguros... ¿sabes que has nacido con feliz estrella?

—¿Yo?

—Sí. Sabes tú que en el instante mismo en que el destino te arrebató Samuel Levi, que debía ayudarte, te envía un hombre seguro y decidido que lo sabe todo, y que jura prestarte su apoyo y partir como buen hermano contigo todas las ganancias y todos los riesgos de la empresa.

Dió dos pasos hacia atrás Olmedo alejándose de Fortuño, conociendo que acababa de cometer una falta y hablandole imprudentemente. Fortuño se quedó observándole con la mayor atención, viendo que no respondía. Al fin, tomando una resolución se acercó á él Olmedo, y con el tono mas amable posible le dijo:

—Te doy gracias, Fortuño.

—No hay de qué, contestó éste agarrándole la mano.

—Ya ves tú, le dijo Olmedo con cierto embarazo, nuestra posición no es igual.

—¿Lo crees tú así?

—Estoy seguro y vas á verlo... no te incomodarás si te digo la verdad.

—Nunca... no te pares en nada.

—La compañía de Samuel Levi debía ser en todo honrosa para mí; porque Samuel, que de seguro no valía mas que cualquier otro, había tenido siempre la destreza de ocultar sus faltas, mientras que tú... te has dejado muchas veces coger y te han juzgado y sentenciado muchas veces.

—No he tenido suerte.

—Tan poca, que todo el mundo sabe que has sido el huésped de casi todas las cárceles de Castilla; en casi todas sus paredes se encuentra tu nombre.

—Ya he pensado yo en eso, y estoy decidido á tomar otro.

—Sí, contestó embarazado al ver el cinismo de esta respuesta Olmedo. ¿Pero podré yo tener confianza en tí?

—Yo tendré mucha en tí... mira, Olmedo, yo no me ando por las ramas, me voy derecho al tronco; yo sé que tú y yo, aunque con armas distintas, hemos ejercido el mismo oficio. Y acá para entre los dos, tanto valemos el uno como el otro, porque el crimen no tiene mas que un escalon, y todos los que lo suben se encuentran al mismo nivel, vístanse como se vistan y llámense como se quiera. Lo mas prudente es que nos tendamos la mano y nos ayudemos mutuamente.

Convencido ó forzado por las circunstancias, Olmedo alargó su mano á Fortuño; cogiósele éste diciendo:

—Sea enhorabuena.

—¿Qué nombre tomarás tú?

—Poco me importa cualquiera.

—¿Serás mi súbdito, ó mi igual?

—Como tú quieras.

—Sin embargo, importa á tu ambición.

—¿Ambición!... Dios me libre de ella.

—Pues entonces, ¿qué quieres?

—Mucho dinero.

—¿Nada mas?

—Nada mas.

Olmedo le abrazó de pronto diciéndole:

—¿Por qué no lo has dicho desde luego?... nos entenderemos perfectamente.

—Que me place.

—Desde este momento podemos jurarnos amistad á vida y muerte.

—Solamente que nunca beberemos juntos.

—Si, tú temes mi veneno, dijo asombrado Olmedo, y debo tambien temblar tu puñal.

—¿Tú no! Olmedo, tú podrias mucho sin mí... pero yo que soy ignorante no podria nada sin tí... tú tienes el tesoro, yo no me serviré del puñal sino para defenderte.

—Justamente.

—Nosotros somos, ya lo ves, dueños de este libro poderoso, tan poderoso, que hace una hora ha hecho caer un ministro, condenar á un pobre hombre á galeras, y que dos hombres mas pobres que Job puedan disponer bien pronto de una inmensa fortuna.

—La suerte lo hace todo... ha hecho de un montañés el inventor, y hará de nosotros... los explotadores.

—Precisamente, los inventores, ya lo ves, no son buenos mas que para inventar.

—Y los explotadores son muy buenos para enriquecerse.

Oyóse á lo lejos el ruido de los atabales y trompetas que anunciaban la proximidad del rey don Pedro á la ciudad de Leon. Llegaban al vestibulo de palacio Olmedo y Fortuño cuando el capitán de guardias salía del cuarto donde éste dos horas antes había hecho entrar á Alvaro.

Alvaro temblaba casi al oír la señal que anunciaba la llegada del rey, y al tocar al término de sus deseos, aunque sabía que un rey no es mas que un hombre, sentía una grande emoción en su corazón, temía que le abandonase la memoria, no tenía su manuscrito, no podía explicarlo leyendo, era preciso que se acordase, que refiriese todo. El rey de Castilla iba á oírle.

Ocupado estaba en todas estas ideas que acaloraban su imaginación cuando se abrió la puerta de su cuarto y el capitán de los ballesteros le dijo:

—Seguidme.

—¿Qué me queréis?

—Ejecutar las últimas órdenes del ministro Samuel Levi, y al mismo tiempo le entregó un pergamino.

Leyólo Alvaro, su rostro, un momento antes lleno de esperanza y de alegría, se anubló, perdió el color, y el pergamino cayó de sus manos. Quedó como petrificado.

Era la orden condenándole á las galeras del rey y á la deportación en Africa.

Al atravesar siguiendo al capitán de los ballesteros el pórtico del palacio, un rayo de esperanza reanimó el alma de Alvaro al divisar á Olmedo que atravesaba por el mismo vestibulo para ir á encontrar al rey.

—Bendito sea Dios, exclamó... y despues, levantando la voz y dirigiéndose á Olmedo dijo: Venid, venid á mi socorro, vos que tan bueno habeis sido para mí, vos, que me habeis prometido presentarme al rey... vos...

Olmedo, con la mayor frialdad y sin volver apenas la cabeza, dijo al capitán de los ballesteros:

—Que se ejecuten las órdenes del ministro! y salió del palacio acompañado de Fortuño.

El infeliz Alvaro anonadado, apenas pudo murmurar en voz baja:

—¡Traición! ¡traición!

Apoderáronse de él dos ballesteros, lo condujeron á una prision, aguardando el momento de ser conducido á las galeras del rey.

Media hora despues, hacia su entrada en el palacio de Leon el rey don Pedro, acompañado de su corte y de la hermosa doña María de Padilla; á quien habia consagrado su amor desde el momento en que la vió, y cuya pasion debia durar toda su vida, no obstante que se habia casado con doña Blanca de Borbon, princesa de Francia, en Valladolid, y á la que habia abandonado al dia siguiente de sus bodas.

La noche misma de la llegada del rey á Leon, un mensajero jadeando y medio muerto de fatiga, llegaba de Asturias para anunciar que Enrique de Trastamara habia levantado pendones por él mismo, se proclamaba rey y encontraba numerosos partidarios entre los indomables habitantes de aquellas montañas, entre las que habia vivido oculto dos años preparando su alzamiento.

EL CONDE DE FABRAQUER.

INVENCIÓN DE LA ESCRITURA SECRETA. Antes del descubrimiento de las cifras para una correspondencia secreta los antiguos empleaban diversos medios para trasmitirse se-

cretamente su pensamiento. El persa que comprometió á Ciro á insurreccionarse contra su hermano, le hizo llegar una carta en el vientre de una liebre. Demarate habiendo abandonado á Esparta, anunció á sus compatriotas los proyectos de Jerjes sobre la Grecia por un boletín escrito sobre una tablita de madera cubierta con una capa de cera. Cuentan tambien que mensajeros decididos llevaron noticias trazadas con un punzon y grabadas sobre sus cuerpos. Pero de todas estas invenciones no hay ninguna mas extraordinaria que la contada por Herodoto en el libro de *Terspichore*. Histieo estando en Persia y queriendo determinar á los griegos á sublevarse contra Darío, hizo rapar la cabeza al mas fiel de sus esclavos é imprimió en ella caractéres; aguardando despues á que le hubiesen crecido los cabellos. Entonces lo envió á Aristagoras haciéndole decir que rapase la cabeza del mensajero y la examinase bien. Aristagoras descubrió sobre este cráneo fiel el despacho que le aconsejaba la rebelion.

En los tiempos modernos el arte de comunicarse por cifras ha sido elevado al mas alto grado de perfeccion.

ESTUDIOS MORALES.

EL PADRE FERNANDEZ.

APOLOGIA DEL ORO.

¡Oh moneda! Vil escudo cuando te se mira por un lado; medalla sagrada cuando te se mira por el otro.

PAULIN LYMAIRAC.

¿Os ha sucedido alguna vez, amables lectoras, al ver una luz aislada brillar á lo lejos en medio de la oscuridad de la noche, sentirnos como á pesar vuestro atraídas hácia ella, y fijar largo tiempo vuestras miradas sobre este punto único, dejando forjar á vuestra imaginacion una multitud de conjeturas sobre la situacion de los que alumbrá? ¿Es la lámpara del sábio, persiguiendo sin preocuparse de la fuga de las horas la solucion de un problema que se le escapa siempre? ¿Es el reflejo de la vela amarilla que alumbrá á un muerto en una bohardilla, ó bien el resplandor de la bugia, al que un libertino delante de un espejo se limpia el barro y el vino de una noche de orgia? ¿Quién sabe qué drama ó comedia ilumina esa luz, y de qué alegrías ó de qué dolores es impasible testigo?

Esta pregunta que siempre me ocurre en semejante caso, me recuerda un suceso de mi juventud que voy á contaros.

Tenia yo veinte años el 1853, y estudiaba leyes en la universidad de Madrid, tan concienzudamente como podia hacerlo un jóven cuyos padres habitaban en Málaga, y que era dueño completamente de sus acciones. Esto explica cómo yo me hallé un dia á la hora de cátedra en mitad de la calle de Toledo. Por todas partes se va á Roma, esto es indudable, pero como yo volvia la espalda á la calle Ancha de San Bernardo, adelantándome hácia la puerta de Toledo, no tenia probabilidad de llegar á tiempo á la universi-

dad. Haciéndome esta juiciosa reflexion quise ir á ver al padre Fernandez que vivia por aquellos barrios.

El padre Fernandez, como le llamaban todos sus discípulos, era un antiguo profesor del colegio de San Mateo en donde con el célebre don Alberto Lista habia educado á la mas brillante juventud de 1823 á 1825. Sus enfermedades le habian hecho al cerrarse aquel colegio abandonar la enseñanza que por mas de cuarenta años habia ejercido en diversas provincias y establecimientos del reino.

El padre Fernandez era muy querido de todos sus discípulos, pero á mí me distinguia muy particularmente. Iba á verle de vez en cuando, oia con gran placer su conversacion, no obstante algunas reprensiones paternales que el buen hombre se creia autorizado á hacerme por haber sido mi maestro, y mas que todo por el afecto que me tenia.

—Buenos dias, querido, me dijo al verme entrar fatigado de verme subir á su cuarto tercero. ¿Qué no hay cátedra hoy ó se han hecho novillos?

—Hacia mucho tiempo que no habia visto á vd. y estaba con cuidado.

Pusímonos despues á hablar como antiguos amigos, del tiempo pasado, de las cosas del dia y de mis condiscípulos.

—A propósito, me dijo el padre Fernandez, ¿te acuerdas de Enrique Perales, cuyos padres lo debian todo á Fernando VII? Acaba de publicar una oda en celebridad de la revolucion y en honor de la libertad, donde maltrata al tirano difunto y ensalza á los patriotas con una exageracion que da asco.

—Qué quereis, mi querido maestro, la revolucion es la que dispone hoy de los empleos, y Fernando VII está en el Escorial.

—Pero eso es horrendo, hijo mio, insultar á un muerto, arrojar el anatema sobre las cenizas del que por veinte años han adorado de rodillas, del que han recibido mil favores...

—Ya no puede dar nada mas, y es preciso sostener la mesa, el lujo, la elegancia... es preciso tener oro, en fin, y

para obtener ese vil metal no hay bajeza que no hagan ciertas gentes.

—¡Vil metal! interrumpió el padre Fernandez, y tú también, hijo mío, caes en el error común, te haces eco de una odiosa calumnia, confundes la causa con el efecto, el instrumento con la mano: llamas vil ese metal cuya menor partícula representa muchas libras de pan, con un puñado del cual pueden alimentarse doscientos pobres, y del que con algunas monedas bien empleadas se puede comprar el cielo. El oro, esa llave que abre todas las puertas, aun las de las prisiones: ese talisman que entenece los mas duros corazones, que todos los días obra bajo nuestros ojos milagros. ¿Es culpa suya si miserables le hacen servir á sus mas odiosas pasiones? Hay seres que manchan todo lo que tocan: llamemos á estos viles, empero ese mismo oro que es en sus manos el precio de un crimen ó de la infamia, serviría al rescate de un cautivo en manos de un religioso de la Merced. ¿Proscribirías la belleza á pretexto de que algunas mugeres sin pudor trafican con ella, ó rogarías al cielo que suprimiese el rocío contemplando los desastres de una inundación? ¿Quién me diera á mí oro, mucho oro, prosiguió el padre Fernandez, y te mostraria todo lo que se puede hacer con este vil metal! Despues llegamos hácia la ventana que estaba abierta.

—¿Ves en frente de aquí, me dijo, esa casa en que hay una muestra en cada piso? La tienda está ocupada por un panadero que vive en el cuarto principal. En el cuarto segundo hay una compañía de seguros contra la quinta. En el tercero una casa de préstamos y empeños. En las bohardillas, en la una una costurera, y en la otra, que tiene papeles en la ventana en lugar de vidrios, no sé qué ignorada miseria se alberga helándose en invierno y abrasándose en verano.

Yo vivo aquí solo, y por consecuencia puedo observarlo todo á mi placer. Si supieses todas las miserias, todos los dolores que reasumen!—esa tienda con alambrados, donde está el pan al abrigo de los asaltos del hambre, ese soldado pintado con su uniforme, esa inmunda muestra que anuncia préstamos y empeños, esa ventana de bohardilla insignificante á estas horas, empero detrás de la cual veo siempre dibujarse una sombra de muger cosiendo en cuanto se enciende luz, y que vuelvo á encontrar siempre á cualquiera hora de la noche que me obliga mi reumatismo á dejar la cama para dar algunos paseos por mi cuarto: en fin, esa otra ventanita con papeles, en la que se ve inmóvil una cabeza pálida que levanta un descarnado brazo. ¡Oh! si yo tuviese oro, cómo me apresuraria á informarme de todas estas miserias á fin de consolarlas! Esa cabeza enfermiza que se calienta á los rayos del sol ¿cómo lo pasa en el invierno? Esa muger que mete y saca la aguja con la regularidad de una máquina, ¿qué la obliga á trabajar así? Esos infelices que renuncian por algunos reales á la propiedad de un colchon, de una manta, de algunas camisas en un día de apuro, si yo tuviese oro, cuál les rescataria esos objetos de primera necesidad de que se han despojado para tener pan! Esa pobre madre que pasa suspirando delante de esa muestra en que está pintado el soldado, y que siente estremecerse su corazón, pensando en que su hijo tiene veinte años, y que todos los años hay quintas, cómo me llegaría yo á ella si tuviese oro, y presentándole los seis mil reales necesarios para la redención, le diria: ¡tomad y pe-

did á Dios por mí, que no tengo hijo! La miseria, esa terrible enfermedad, ese odioso azote no se conjura sino con el oro; ves, prosiguió despues señalando á la bohardilla de enfrente en que vivía la pobre costurera, voy á contarte su historia, que siento conocer, porque no puedo ayudarla sino con mis estériles votos. Y sin embargo, continuó como hablándose á sí mismo, vale mas con todo que yo lo haya sabido, quién sabe?

—Refiérame vd. esa historia, amigo mío, le dije yo viéndolo al buen anciano en humor de contarla.

—Mi criada ha hecho hablar á la panadera, dijo el padre Fernandez, y de ella sé todos estos detalles. Figúrate, hijo mío, que esta muger es viuda de un oficial de carpintero que cayó de lo alto de un tejado estando trabajando, y quedó muerto en el acto. La desgracia quiso que el suceso aconteciese en el mismo barrio en que habitaba con su muger, pues no llevaba mas que un año de casado; su muger fué de las primeras que supo la desgracia, y en el momento en que Dios iba á darle un hijo. Corrió á la obra y siguió llorando la camilla en que llevaban á su marido al hospital. Despues de la visita de los médicos que declararon que el hombre se hallaba muerto, cayó en una crisis violenta, y tuvieron que recogerla en una de las salas del hospital, en donde estuvo muchos días entre la vida y la muerte. En la imposibilidad en que estaba de dar el pecho á su hijo, y sin esperanza de que se restableciese, enviaron el niño desde el hospital á la Inclusa, y cuando despues de dos meses de enfermedad fué á reclamarlo la pobre madre, le hicieron saber que se hallaba en ama en un pueblo lejano. Decidióse entonces á dejarlo en ella, á no recogerlo hasta que se hubiese acabado de criar, y trabajar con ardor á fin de tener un poco de dinero para aquella época. Vendió los efectos de su marido para pagar su alquiler, tomó en la casa de enfrente una bohardillita, y se puso á trabajar día y noche con un ardor y un valor que puede explicar solo el objeto que se proponía. Así ha pasado el invierno, casi siempre sin lumbre, viviendo con seis cuartos de pan y un poco de caldo que compra en el figon de enfrente. Esta historia es muy común, demasiado común ¡ay! y me conmueve por lo mismo tanto mas. ¿Qué vida, hijo mío! continuó el padre Fernandez con las lágrimas en los ojos, ¿y cuánto tiempo dará Dios fuerzas á esta madre para continuar así sin caer mala? ¡Oh! ¿qué algunos cartuchos de ese vil metal como le llamas, añadió con una triste sonrisa, cayeran en esa pobre bohardilla y todo cambiaria!

—Al menos, respondí, yo la enviaré algunos duros, dentro de dos días me voy á Málaga á pasar las vacaciones del verano, hablaré á mi madre, y tal vez haga algo en su favor.

—¡Oh! házlo, hijo mío, exclamó el padre Fernandez apretándole las manos, aboga por la viuda y por el huérfano, esta primera causa que vas á defender hará que tengas suerte en tu carrera.

—Gracias, le dije, no he perdido el día; y dudo que la lección de la cátedra á que he faltado, me hubiese aprovechado tanto como el sermón de caridad que acaba vd. de darme á su ventana.

Me separé del padre Fernandez con la firme intención de cumplirle mi palabra, y sin embargo, tal es la fragilidad de las resoluciones humanas y la lijereza de una cabeza de veinte años, que me fuí á Málaga, pasé allí las va-

caciones y al concluirse estas me separé de mi madre sin haberla dicho ni una palabra de mi protegida.

Solamente al atravesar, viniendo á Madrid, por Valdepeñas, en la diligencia, y al divisar una luz aislada en lo alto de una casa en medio de la oscuridad general, me acordé de aquella pobre madre, que velaba también, sin duda, á aquella hora, á menos que el abatimiento y la fatiga no la hubiesen forzado á abandonar su trabajo. Avergoncéme de mí mismo, y resolví darle como socorro de mi madre, una parte del dinero que ésta en su cariño me había dado para mis gastos y diversiones en Madrid, evitando así el tener que confesar mi olvido ó indiferencia por la desgracia, que temía me hiciese perder el aprecio del excelente padre Fernandez, mi maestro.

Apenas había llegado á la casa donde paraba, me dieron una carta que hacia varios dias habían traído para mí, y en cuyo sobre se leía encima la palabra *urgente*. Apresureme á abrirla, era de un escribano de Madrid, en que me participaba que habiendo fallecido don Sebastian Fernandez, presbítero, el 25 de setiembre último, me había nombrado su ejecutor testamentario y me invitaba á que me pasase por la escribanía para enterarme de su testamento y última disposición.

El padre Fernandez había muerto. No tenía que hacerle ninguna confesion humillante. Aquel corazón tan bueno, tan caritativo antes de morir, me había dado una última prueba de afecto y de estimación muy honrosa para un joven de mi edad, nombrándome su ejecutor testamentario. A la mañana siguiente corrí á la escribanía para enterarme del testamento de mi antiguo amigo.

Me legaba su biblioteca, que era lo mejor que tenía sin duda ninguna. Los demas muebles, su reloj de oro, seis cubiertos de plata y algunas alhajillas de poco valor debían ser vendidas y entregármeme su producto para disponer de él del modo mas útil en favor de la viuda de la Torre, mi protegida.

¡Mi protegida! ¡pobre padre Fernandez! no admitía que se hubiese podido jamás olvidar la desgracia. Mas mal me hizo esta palabra que todas las reprensiones que hubiera podido dirigirme el anciano, si hubiese estado en estado de dirigírmelas, y me propuse no volverlas á merecer mas en lo sucesivo y cumplir concienzudamente las últimas voluntades del difunto.

Tal prisa di á las gentes de la curia, que no tienen por costumbre hacer las cosas pronto, que un mes despues de mi llegada á Madrid tenía ya en mi poder seis mil reales, producto, pagados todos los gastos, de la herencia del padre Fernandez.

No queriendo retardar ni un momento la felicidad que iba á causar á su legataria, me fui el mismo dia á la calle de Toledo y pregunté por la viuda de la Torre; la panadera me miró de un modo que me hizo conocer que la viuda no recibía á menudo visitas.

Subí hasta el cuarto piso, llegué hasta la boardilla, di dos golpes con la mano, nadie me respondió. La puerta estaba entornada. Entonces asomé por ella la cabeza, llamé y tampoco me respondieron: decididamente el cuarto estaba vacío. La labor de la viuda parecia haber sido tirada precipitadamente sobre la silla que había dejado, las tijeras estaban en el suelo, á su lado un ovillo de hilo: todo anunciaba que la costura había sido interrumpida en medio

de su trabajo. ¿Pero qué la había sucedido y por qué había dejado la llave en la puerta?

Tomé el partido de bajar á enterarme de nuevo de la panadera, pero en el momento en que salía de la boardilla oí una voz de muger que gritaba desde otra boardilla mas distante:

—¡Socorro! ¡socorro! aquí hay una muger que se muere.

Di un salto, y me hallé bien pronto al lado de una muger, cuyos vestidos negros y facciones fatigadas, me hicieron suponer que había encontrado la que buscaba.

—Estaba trabajando en el cuarto inmediato cuando he oído interrumpidos lamentos y gritos, he salido inmediatamente y he encontrado á esta pobre muger espirando en su cama.

Al mismo tiempo me hizo entrar en un chirivital tan bajo de techo que apenas podía uno estar en pie, en el fondo del cual estaba tendida sobre un jergon una muger ó un cadáver, porque no era fácil distinguir la vida de la muerte sobre aquel rostro macilento, inmóvil y helado.

—El hambre, caballero, estoy segura, me dijo la viuda de la Torre juntando las manos. ¡Mirad qué miseria! Esta enferma está imposibilitada, y su hermana, que vive con ella y la mantiene con su trabajo no ha vuelto desde ayer, según he podido comprender. Antes que hubiese perdido del todo su sentido fui á mi cuarto por un poco de pan, que era cuanto tenía, pero cuando he vuelto ya se hallaba desmayada, y llamaba á los vecinos para que me ayudasen á socorrerla, cuando ha llegado vd.

—Caldo y vino es lo que se necesita, exclamé, y voy corriendo....

Pero en el momento en que iba á salir por la puerta me encontré con una hermana de San Vicente Paul, que me detuvo con un gesto.

—Yo tengo todo lo que hace falta, me dijo con voz dulce y reposada.

¿Venía del cielo ó de la tierra? A punto estuve de preguntárselo, tan providencial me pareció su aparición en aquel instante: pero me contenté con saludarla con respeto y seguirla al lado de la enferma para tomar una lección de caridad práctica.

Arrodillóse al lado del jergon, echó una rápida ojeada sobre la muger desmayada, tomó su pulso con experimentada mano: abriendo despues vivamente el cesto que había traído, sacó de él un frasco que parecia contener vino añejo, é introdujo algunas gotas con una cucharita que sacó también de su cesto, entre los dientes que tenía apretados la enferma.

—Vive aun, dijo, pero á poco no llegamos á tiempo.

Despues le dió unas friegas en las sienes con vinagre, y al cabo de diez minutos la muger abrió los ojos.

—¡Francisca! ¡mi pobre Francisca! dijo con voz débil, despues de habernos mirado á todos con sorpresa.

—Tranquilizaos, *hija mia*, dijo la hermana con una voz fresca y joven que probaba que hubiera podido ser facilmente la hija de la que ella llamaba así. Francisca me envia aquí, ayer le acometió un golpe de sangre en la calle, la han llevado al hospital, donde se la ha cuidado, y esta mañana en cuanto ha podido hablar ha contado que estaba vd. aquí abandonada, sin socorros; entonces me he apresurado á venir y voy á recomendar á vd. de paso á la Sociedad de Señoras de la parroquia de San Millan, que cuidará de vd. hasta que vuelva su hermana.

Después, volviéndose hacia mí, añadió:

—También habrá en la casa algunas personas que hagan algo por vd.

—Yo he venido aquí á un negocio, dije entonces, y he entrado cuando oí que pedían socorro, pero me alegraré mucho de poderme asociar á esta buena obra.

Al decir esto puse en manos de la hermana de la caridad dos duros.

—Dios os lo pagará, dijo, y vd., señora, añadió dirigiéndose á la viuda de la Torre, ¿no podrá hacer algo por esta infeliz?

—Tengo poco tiempo que perder, respondió la viuda, pero traeré mi labor, y arrojándome al ventanillo, aunque tiene papeles en vez de cristales, tal vez verá bastante para poder trabajar á su lado.

Llevada por el pensamiento de su trabajo al recuerdo de las circunstancias que se lo habían hecho abandonar, exclamó de repente con terror: ¡Ay, Dios mío, y yo que he dejado la puerta de mi cuarto abierta.

Y salió corriendo fuera del cuarto.

Si la pobre muger hubiese poseído un tesoro, no hubiera podido estar más asustada.

Consiste esto en que lo poco que posee el pobre, le es doblemente precioso por el trabajo que le cuesta adquirirlo, y por él todavía mayor aun, que tendría para reemplazarlo.

Y después la pobre muger pensaba, según he sabido después, en ocho duros que tenía escondidos dentro de su jergón, en estos ocho duros reunidos á costa de tantas privaciones y vigiliás, en estos ocho duros, que doblados en algunos meses á fuerza de nuevas veladas y nuevas privaciones, le permitirían, en fin, abrazar á su hijo.

Saludé á la hermana de la Caridad y salí siguiendo á la viuda; empero cuando llegué á la puerta de su cuarto, ya ésta se había encerrado en él.

Dí un ligero golpecito para llamar.

Abrieron, y dije: ¿Es á la señora de la Torre á quien tengo el honor de hablar?

—Servidora de vd., caballero, contestó sorprendida.

—Vd. trabaja mucho, señora, la dije entonces con voz conmovida, y enternecido al pensar la alegría que iba á causar á una criatura de mi especie. Vd. trabaja demasiado, y yo le traigo con que pueda sacar su hijo del ama sin imponerse un trabajo forzado: infaliblemente la mataría si continuase en él.

—¿Vd., caballero, y cómo? Cómo sabe vd...

—El difunto don Sebastián Fernandez, su vecino, sabía la dolorosa historia de vd., repliqué yo, y á su muerte, que se ha verificado hace dos meses, la ha instituido su heredera. La herencia asciende á seis mil reales, y aquí la tiene vd., añadí yo, sacando de mi cartera seis billetes de banco y poniéndolos sobre las rodillas de la viuda.

Mirábame ésta muda de sorpresa mas aun que de alegría: no acababa de comprender lo que pasaba.

Tomó los billetes con mano temblorosa, los examinó por todos lados, volviendo hacia mí su rostro pálido de emoción.

—¿Dice vd. verdad, caballero? preguntó con tono suplicante, ¿no se burla vd. de una pobre muger?

—Esos seis mil reales, le contesté yo, son de vd.

—¡Oh, hijo mío! ¡mi querido hijo! exclamó la viuda con

un acento que por grande que sea la distancia de la tierra al cielo, debía haber llegado á alegrar el alma del padre Fernandez, no habiendo querido Dios, sin duda, privar á su elegido del eco de esta alegría: aquel grito de felicidad arrancado de las entrañas de una madre, debió vibrar en medio del celestial concierto como la nota dominante de la mas acorde armonía.

Cuando un suceso feliz arranca al hombre á las triviales necesidades de la existencia, y le hace tocar y apoderarse de improviso de una felicidad que no entreveía, sino de un lejano porvenir, y que aun frecuentemente habia desesperado alcanzar, se verifica en él una especie de revolucion, y personas que han soportado estóicamente años de miseria, se hallan sin fuerza para recibir la fortuna. Esto es lo que sucedió en estas circunstancias á la viuda de la Torre. Apenas adquirió la certidumbre de su felicidad, cuando comenzó á llorar amargamente. ¡Hacia tantotiempos que se hallaban contenidas sus lágrimas!

Pero hoy era rica, podía abrir su corazón á la alegría, podía llorar al pensar en sus pasados males, en su felicidad presente, en los goces del porvenir... Comprendí cuánta dulzura habia en aquellas lágrimas, y sin entrar en mas detalles:

—Volveré mañana, dije á la viuda. Tiene vd. en mí un amigo decidido. El padre Fernandez, su bienhechor, me ha legado la misión de velar por vd. y por su hijo. Cuente usted conmigo.

Le alargué mi mano, cogió la convulsivamente, la cubrió de lágrimas y de besos, dándome gracias con una voz entrecortada por suspiros.

—Pero si yo no he hecho nada, casi nada por vd., la dije.

—¿Vd. no ha hecho nada! exclamó, y ese dinero que usted me trae, yo no sabía que vd. lo tenía. ¿Quién le impedía de?...

Detúvose aquí confusa. La pobre muger en su entusiasmo, me daba las gracias de no ser un ladrón.

Volví á verla á la mañana siguiente. Hallábase mas tranquila. La felicidad es la cosa del mundo á que mas fácilmente se habitúa uno. Esto prueba de que fuimos criados para la felicidad. ¿Quién lo creería, al ver cómo pasamos la vida?

Encontré todo en movimiento en el cuarto de la viuda. Habíase enterado de las diligencias que debía practicar para reclamar su hijo de la Inclusa, y antes de quince días esperaba volver á abrazar á su hijo.

Una cuna de mimbres se hallaba colocada ya al lado de la cama, y la madre se ocupaba activamente en rellenar de paja el jergoncito y almohadas que debían servir al niño.

—Hoy me he dado vacaciones, me dijo, pero mañana volveré á trabajar como si nada hubiese sucedido.

—Pero no de noche, repliqué yo.

—¡Oh! no, señor. Sé bien que eso me mataba, y puedo confesarlo ahora, aunque jamás quería pararme á pensar en ello; pero me hubiera sido imposible vivir así largo tiempo, y sin el generoso amigo de vd...

No pudo acabar; sus lágrimas completaron su pensamiento.

Después, dominando su enternecimiento

—Quisiera ir á darle las gracias, dijo, y si vd. fuese tan

bueno que me dijese dónde podría yo hallar su sepulcro!
—Iremos juntos, repuse yo; yo también le debo una visita á mi antiguo amigo.

—Oh! dijo, una vez que sepa yo donde está enterrado, no le faltarán nunca flores, y cuando mi hijo sepa rezar, le llevaré allí con frecuencia. No quiero que tenga miedo á los muertos, porque á la muerte de ese santo hombre deberá la vida de su madre.

de Madrid, en donde es uno de los principales dependientes. El hijo del carpintero y de la costurera es hombre instruido, fino y elegante...

Preguntaba yo un día al banquero:

—Cómo con seis mil reales del padre Fernandez habia podido la viuda la Torre criar á su hijo y darle semejante educación.

—Me habia rogado, me contestó, que le guardase cinco



La viuda la Torre y su hijo en el sepulcro del padre Fernandez.

Veinte y cuatro años han pasado desde entonces, y cada vez que la necesidad de acompañar un entierro me lleva al campo santo de San Isidro, encuentro en invierno una corona de siemprevivas, y en el verano flores de la estación sobre la sepultura del padre Fernandez. Esto es que la viuda la Torre vive aun y se acuerda.

Su hijo ha crecido, ha recibido una esmerada educación y ha entrado en la casa de uno de los mas ricos banqueros

mil reales para servirse de ellos en un apuro; los he empleado y agregado en mis mejores especulaciones.

—Sois un banquero modelo, le dije estrechándole la mano.

—Convenid conmigo, me contestó sonriendose, en que hubiera sido muy estúpido si el ejemplo del padre Fernandez no me hubiese enseñado un poco á rehabilitar el oro.